

diantes y trabajadoras, casadas y madres, a hippies y *freaks*, a componentes de tribus salvajes y a obreras resignadas y decepcionadas, a militantes de diversas causas, a «diyís» y «viyís», a anoréxicas y bulímicas, a jóvenes ilusionadas y a decepcionadas. Con su ya conocida agudeza, la autora de este libro despliega ante nosotros el mundo de las mujeres españolas menores de treinta años, quienes avanzan lentamente en la sociedad democrática iniciada hace cinco lustros.

A pesar de los pasos positivos dados, las conclusiones a las que Falcón llega tras su investigación no parecen ser especialmente alentadoras. Todos los aspectos de la vida de las jóvenes de este principio del siglo XXI pintan un cuadro expresionista falto de perspectivas: la deficiente enseñanza, los malos hábitos adquiridos en la familia, la precariedad en el trabajo, el desempleo, una sexualidad desconcertada y errática, frustraciones amorosas, retraso en la formación de familias, baja de natalidad, conscientemente deseada, hedonismo, superficialidad y machismo dominantes en las actividades de ocio, constituyen las características de la sociedad juvenil de nuestros días, «que en lo referente a las muchachas –añade Falcón– se hacen más incisivas, con tintes oscuros más

marcados». En esta línea apunta que la incomunicación en las relaciones sexuales con los hombres, las responsabilidades domésticas y las dificultades que comporta la maternidad siguen siendo barreras hasta ahora sin franquear en el largo y dificultoso camino hacia la igualdad. Otro punto importante es que, a pesar de la masiva entrada de las jóvenes en las aulas, las discriminaciones en el trabajo y las dificultades económicas impiden a las mujeres asentarse profesionalmente.

«No debe resultar, por tanto, chocante –comenta la entrevistadora– que el escepticismo se refleje en los rostros y en las respuestas de la muchachas que no han cumplido los treinta años».

Según Lidia Falcón, no sólo las/los jóvenes sienten decepción y desencanto, sino también sus padres que quisieron educarles en la libertad, la autorresponsabilidad, la inteligencia crítica, la tolerancia, la solidaridad. Padres que repudiaron los métodos represivos y autoritarios que habían dominado la familia patriarcal y la escuela durante milenios; padres que se esforzaron en ser padres y madres modelos; padres que entregaron a sus hijos todo el amor, las horas de ocio, los conocimientos y el dinero que tenían. «El resultado –concluye la autora de este libro– ha sido espectacular

sin duda: hemos fabricado una o dos generaciones de psicópatas». Es una convencida de que entre todos los responsables hemos fabricado varias generaciones de jóvenes irresponsables, irascibles, sin disciplina, con muy baja resistencia a las frustraciones, a los que se ha inculcado un altísimo concepto de sí mismos que no concuerda con el destino que la sociedad tiene previsto para ellos, por lo que sus pretensiones no van acordes, con sus posibilidades.

Dirigiéndose a los mayores, Falcón se pregunta si es responsabilidad sólo de los jóvenes de hoy que se muestren tan exigentes y caprichosos, incapaces de afrontar con valentía las durezas de una vida que ni imaginan, cuando han sido cuidados y protegidos por sus padres durante varias décadas, educados en la comodidad y mantenidos en la ignorancia de los sufrimientos padecidos por las generaciones anteriores.

Estamos ante un trabajo denunciador y serio, que obliga a reflexionar.

Ciudadanas del mundo

Después de *Solas* (1999) y de *Malas* (2002), Carmen Alborch, en la actualidad diputada del Grupo Socialista y presidenta de la Comisión Mixta de los Dere-

chos de la Mujer, nos sorprende gratamente con *Libres*. Este libro recoge la vida y obras de nueve mujeres contemporáneas, algunas de ellas —es de señalar que no ha seleccionado a ninguna española— poco conocidas para el gran público.

Las protagonistas del trabajo de Alborch tienen en común el anhelo de ejercer la libertad, en su vertiente pública y en su dimensión interior; son mujeres que anhelan y aspiran a esa libertad, y la ponen en relación con la dignidad y la diversidad humanas. Todas colaboran en la construcción de un mundo —de un modelo social también— en el que la libertad de las mujeres, y consecuentemente de todos los seres humanos, es objetivo central. Estas ciudadanas del mundo han alzado su voz en las ciencias, las artes, la ecología y la política. Son pioneras, innovadoras, personas que no han querido someterse ni resignarse. Han practicado el diálogo, las alianzas y la inclusión, «ellas, precisamente —comenta la autora—, que han sufrido de uno u otro modo las distintas formas de exclusión». Son personajes fuertes y contundentes en sus actos, que al mismo tiempo han tenido que hacer grandes esfuerzos para ser hábiles, abriendo así caminos para sí mismas y para los demás.

A modo de símbolo, Alborch ha seleccionado a nueve mujeres (consciente de que hay otras muchas mujeres de hoy que merecen ser biografiadas) que tuvieron su «techo de cristal» pero que con su recorrido vital han llegado a demostrar que hay posibilidades de cambio y que hay alternativas para el dolor. Para ellas, la conquista de la libertad ha sido una pasión dominante, un camino arduo pero lleno de satisfacciones, y también un proceso vinculado a la libertad interior.

La autora de *Libres* piensa que las mujeres hemos tenido y seguimos teniendo serias dificultades en el ejercicio pleno de la ciudadanía: el reparto del trabajo, la distribución de la riqueza y el poder, «porque todavía hay desigualdades —escribe— en las posibilidades, en las costumbres, los valores y las mentalidades, en el acceso a la cultura y en el propio ejercicio de la libertad», y por eso nos propone compartir a estas espléndidas mujeres, cuya aproximación nos puede animar a sentirnos más libres, más fuertes y más capaces. Los nombres de estas «ciudadanas del mundo» son: Marina Silva (brasileña); Alice Walker (norteamericana); Rita Levi-Montalcini (italiana); Shirin Evadí (iraní); Adrian Piper (norteamericana); Vandana Shiva (india); Mary Robinson (irlande-

sa); Michelle Bachelet (chilena); Marilyn Waring (neozelandesa). Sus vidas se nos presentan plenas de creatividad, valentía, dignidad y coherencia. Son como un soplo de aire fresco.

Lecturas de posguerra

El propósito de *En tiempos de Antoñita la fantástica*, de Paloma Uría (asturiana, profesora de literatura, feminista y, en la actualidad, diputada por Izquierda Unida), es analizar la narrativa para niñas y adolescentes escrita por mujeres en España durante los veinte años que siguieron a la finalización de la Guerra Civil de 1936. Ha recogido, por tanto, los textos narrativos —cuentos y novelas— publicados entre 1939, año en que finaliza la contienda, y 1959, fecha en la que muchos historiadores fijan el final de la etapa autárquica y el comienzo de la apertura internacional, un año en el que se produce una mejora en la situación económica y una tímida liberalización del Régimen.

Uría apunta como nota dominante que se trata de una literatura de circunstancias, que pertenece a un determinado momento histórico, y que es difícil de explicar fuera de contexto. Es una literatura propia de la posguerra española, propia de un momento

especialmente trágico, con unas necesidades de evasión y olvido, unido a una propaganda intensa de defensa y extensión de determinados valores. Se trata de una literatura fuertemente ideologizada, que cumple con la misión encomendada por políticos y pedagogos del Régimen franquista, consistente en educar a las niñas y jóvenes en determinados valores y costumbres, con una particular insistencia en la religiosidad y la moralidad más estricta. La autora hace hincapié en que gran parte de esta literatura iba dirigida a un sector social determinado, a niñas y adolescentes de clase media, que asistían a colegios de monjas y que, pese a las dificultades del momento, vivieron una existencia bastante privilegiada, envueltas en una capa material y espiritualmente protectora, a veces asfixiante. También una parte de esta producción literaria, en concreto la producida por las maestras nacionales, tuvo como destinatarias a niñas pobres de escuelas de barrios urbanos o zonas rurales. El mensaje, en este caso, se adaptaba a esta circunstancia y promovía, sobre todo, la aceptación de las dificultades. Paloma Uría señala que el hecho de haber seleccionado mujeres escritoras se debe al deseo de descubrir una intensa labor literaria poco conocida por ser considera-

da de escaso valor. Además, la mayoría de los cuentos infantiles están escritos por mujeres y muchos de ellos por profesionales del magisterio. Se trata de mujeres que, casi sin excepción, representan una determinada idea de la feminidad: amante de su hogar, esposa, madre o maestra, de costumbres tradicionales, religiosa y de una moralidad intachable, que reconoce la superioridad y la autoridad del varón.

Con mirada lúcida y crítica, pero también tierna, la autora recorre el panorama de las lecturas dirigidas a las niñas y adolescentes de aquella larga posguerra que se extendió durante dos décadas. Tiempos de miedo, represión y pobreza, de rancia espiritualidad, estricta moralidad y silencios que no consiguieron ensombrecer los afanes de idealización, aventura y emoción de las pequeñas, que pudieron satisfacer con los entrañables relatos de aquellas heroínas de la vida cotidiana: Celia, Mari-Pepa o Antoñita la fantástica, pequeños-grandes personajes que ejercieron en las lectoras un fuerte poder de identificación. Uría comenta que, en su momento, muchas niñas y adolescentes leyeron los diarios de Celia o Antoñita y las intrépidas aventuras de Mari-Pepa como verdaderas biografías de personajes reales cercanos.